

MARÍA ELENA ALDUNATE, UNA REVELACIÓN, por *Hugo Laso Jarpa*

Pocas veces es dable escribir comentarios en torno a libros nacionales de una manera totalmente independiente. Sugestiones más o menos claras se nos suelen hacer, no porque aprecien en algo nuestra modesta opinión (para eso están los críticos), sino porque es justificado el deseo de muchos autores por ver la mayor cantidad de comentarios sobre sus obras. Claro es que, si debemos ser sinceros, no siempre quedan satisfechos.

Es así como ahora, teniendo ante nosotros *Candia* de María Elena Aldunate, trazamos estas líneas con el corazón ligero. No conocemos a la autora ni teníamos noticias de ella. Pero cuando aparece un valor de sus excepcionales cualidades no podemos silenciar nuestro entusiasmo.

Desde luego, la edición de *Candia* es estupenda por su calidad material. El magnífico formato, papel y tipos salidos todos de Nascimento, nos recuerdan «Alturas de Machu-Pichu» de Neruda, impreso con fervoroso celo por Héctor Neira.

María Elena Aldunate abre la pequeña novela poemática con un epígrafe en versos de los que citaremos un breve trozo para dar muestra de la extraordinaria importancia que en el futuro literario chileno puede tener esta autora:

*Las barcas de los pescadores*

*tristes*

*se han prendido a las redes*

*de mis ojos esta noche...*

*Y en un río de lágrimas,*

*bogan hacia lo profundo...*

En los pocos versos arriba citados es posible, sin embargo, apreciar la belleza expresiva y la hondura delicada y amarga de la imagen. Es probable que aquel epígrafe sea sólo muestra

de una abundante producción poética que la autora sustrae al público.

Al penetrar en el relato en prosa nos encontramos con poca acción. Una niebla sutil flota sobre el tenso escenario. Se van, empero, perfilando los personajes: Candia, «la de los ojos profundos y la sonrisa ausente», «Casandra», una gata fea y desnutrida y cuyo único ojo «era de un rojo intenso, brillante, alerta, astuto; como si en él se concentrara toda la fuerza y la vida que en el resto de su cuerpo se había ido consumiendo». Mauricio, el tercer y último personaje completa el cuadro y es quien hace estallar la corta novela en una luz que difícilmente se apagará. La parte culminante del relato la brinda «Día Vigésimo» (pág. 57) en el cual se destacan el estilo vigoroso, original, casi masculino, y un realismo, dentro de su simplicidad humana, verdaderamente conmovedor.

Lo subjetivo está tratado con una capacidad intuitiva formidable. Véase como prueba a Mauricio, el pintor que soñaba con una aparición, y esa aparición: Candia, se materializa ante él: «El artista, como sonámbulo, había cogido los pinceles y pintaba, sin pensar, sin creer, sin respirar, le temblaban las manos, todos los ruidos exteriores lo herían; hasta quería parar el golpear sordo de su propio corazón, por temor de que el milagro no fuera más que un sueño de su cerebro afebrado, y trazaba y miraba y trazaba, con las manos, con los dedos, con la piel, la sangre y su desesperación.».

Como la perfección en una primera obra es casi inalcanzable, se palpan aquí ciertos vacíos en la narración y, a ratos, parece que una pequeñita pieza fallara. Página 31: «El estado de conservación de todas las prendas que Candia usaba era extraordinario, parecía como si no las gastase, como si no se sentara, etc.», y luego: «... como si habitara en el espacio, en la nada, en el olvido; no porque estuvieran nuevas, ni cuidadas»—el lector espera las características conjunciones adversativa y causal «sino porque», pero éstas no llegan. La autora, tras un largo

período, olvida dicha obligación. De tal modo, quedamos en la incógnita de por qué las ropas «viejas, cansadamente viejas y descoloridas» se veían nuevas. Tal vez María Elena Aldunate, para escapar a lo trillado de una construcción convencional, omite aquel manido «sino porque» y nos dice solamente: «... al principio de los tiempos, alguien había muerto con ellas y estaban sumergidas». A pesar de que nuestra aclaración puede resultar un poco retorcida y aun equivocada, la daremos: ¿Se refiere a sumergirse en la eternidad, en lo intemporal y, por tanto, poseedoras las ropas de aquella condición, es imposible el desgaste...?

Ojalá hayamos acertado. De todos modos, destacamos la belleza del párrafo completo (pág. 31-32), revelador—como todo el libro—de una positiva «sensibilidad moderna» (Ricardo A. Latcham en «La Nación»: 1.º-X-50).

María Elena Aldunate escribe en frases que por su fluidez y naturalidad facilitarían un contenido intrascendente. Encierran, en cambio, imágenes de un profundo valor. Si es conveniente buscar comparaciones y encontrar paralelos, como asegura el sagaz escritor Edmundo Concha, debemos pensar en María Luisa Bombal o en Augusto d'Halmar. O en un escritor, en fin, que pulse la nota mágica de la sugerencia múltiple. En «Noche Tercera», la autora, tras hacer un parangón entre el mundo que brilla allá arriba y el otro, oscuro, que palidece aquí abajo, concentra éste en un párrafo que prácticamente omite millones de cosas, pero dentro de la ficción literaria está con increíble agudeza dicho todo, de manera precisa y absoluta: «—¡Ay que si tendré el vestido para el domingo». «Que si me llamará José». «¿Acaso encontraré trabajo esta semana?». «¿Se habrá mejorado el niño de la vecina?». «Pero no, ellos tienen que darse cuenta, el mundo tiene que saber que yo he descubierto la verdad. Y los ojos fijos y los brazos caídos de la madre que contempla al que fuera todo palpitación y alegría; y las manos crispadas, y los labios resecos, y las manos abiertas y los ojos

cerrados, y la risa, y tantas, tantas cosas en tan reducido espacio...»(1).

Hay, a veces, en este poema en prosa, una atmósfera inasible que no recuerda a Rosamel del Valle, sin llegar, empero, al esoterismo de aquel profundo escritor. Tiene el libro párrafos como los de las páginas 44 y 55—cuya letra no citamos por no alargarnos demasiado—que son de enorme sugerencia. Prodigados a través de una novela larga—alternándolos, por cierto, con algún relato más objetivo—podrían llevar a María Elena Aldunate a la primera fila de nuestros escritores.

*Candia*, que en sus mejores momentos formales nos da un estilo depurado con algo del gran Barrios, pasó junto a nosotros como un bordado de letras inasibles, del mismo modo que la extraña muchacha esfumada.

Pero la realidad del hermoso libro que tenemos ante nuestros ojos y de su vivencia artística que hemos disfrutado desmienten aquella postrera sensación.—HUGO LASO JARPA.



«HOMBRES DEL RELONCAVÍ», por *Julio Silva Lazo*

«Hombres del Reloncaví» es el tercer libro de la Colección Araucaria, que edita Nascimento. Y, como viene prologado por Mariano Latorre, se ha dicho que es un libro criollista. Para la mayor parte de nuestros críticos es suficiente una motivación literaria con vinculaciones campesinas, para que la expresión *criollismo* revuele con aire despectivo en la extensión de sus crónicas.

Sin embargo, en ninguna parte de este libro aparece el regodeo paisajista o la morosidad en la descripción de las costum-

(1) Nótese cómo el ritmo que arrastra al lector va «in crescendo», cual una composición musical, cuando el sonido toma cada vez más cuerpo.